

Amar Bogotá

Sandra Lorenzano

A partir de un viaje a Bogotá, Sandra Lorenzano, quien recientemente publicó la novela Fuga en mi menor, reflexiona acerca de la violencia en Latinoamérica, la barbarie en la que estamos sumergidos desde Tijuana hasta la Patagonia, y encuentra en la palabra poética un refugio frente a la desolación.

I

Viajar a Bogotá se ha vuelto para mí una fiesta. La idea de encontrarme allí con los amigos queridos supera en mucho mi consabido miedo a treparme a un avión. Aunque no usen la palabra “apapacho” —mi favorita del español de México— es eso lo que me sigue sorprendiendo en cada uno de mis viajes: el cariño, la calidez: los apapachos. Y esa impresionante fuerza con que llevan adelante cada uno de los proyectos en los que se meten. Desde siempre. Cada día en Bogotá aparece algo que me sacude, que me golpea, que me hace vibrar.

II

La poesía. Claro, siempre la poesía. ¿Cómo no si entre las palabras de Darío Jaramillo que hasta los taxistas se saben de memoria

(esa sombra de piedra que ha crecido en mi adentro y en mi afuera, eco o palabra, esa voz que responde cuando me preguntan algo, el dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico y el inmotivadamente alegre, ese otro, también te ama.)

y el brutal descubrimiento de Gómez Jattin se abre un mundo de ritmos, de voces, de silencios reconcentrados? Encuentro la antología *Amanecer en el Valle del Sinú* en los estantes de la Casa de Poesía Silva. Es mi primer día de caminata solitaria (uno de los máximos placeres de los viajes) por las calles estrechas y ruidosas del centro de la ciudad. El verde de los cerros me trastorna. Yo, que siempre digo que tengo nostalgia de horizonte, me dejo seducir por esas moles brillantes que parecen respirar al unísono y que hacen que mi mirada se tropiece con ellos permanentemente. Gómez Jattin es un personaje de esos marginales, transgresores, un poco tráfugas en su paso por la literatura que tanto le gustaban a Carlos Monsiváis. Monsi hizo el prólogo del libro que leo ahí, en un sillón del café Juan Valdés de pleno barrio de la Candelaria, en mi primera tarde bogotana. Leo “Conjuro”:

Los habitantes de mi aldea
Dicen que soy un hombre
Despreciable y peligroso
Y no andan muy equivocados
Despreciable y Peligroso
Eso ha hecho de mí la poesía y el amor
Señores habitantes
Tranquilo



Barrio de la Candelaria, Bogotá

Que sólo a mí
Suelo hacer daño

Nacido en Cartagena, formado en Cereté: precoz, culto, crítico, homosexual, poeta, solitario, Gómez Jattin lee a Cavafis y sabe que no hay regreso a Ítaca sino celebración de los cuerpos jóvenes, ruptura de los límites, amor a la palabra.

Se hace de noche en esta esquina. El cielo se va hundiendo más allá de los cerros. El aire me llena los pulmones. Será que también yo vengo de infancias húmedas, Raúl. *La poesía es la única compañera / acostúmbrate a sus cuchillos / que es la única.*

III

A la mañana siguiente dejo de ser turista y vuelvo a uno de mis lugares favoritos: el salón de clases. Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Tema que propuse para el curso que me invitaron a dar: Poesía y violencia. Sé que me estoy metiendo en la boca del lobo. ¿Nada menos que en Colombia se me ocurre proponer este tema? ¿Mientras se discute el tema de los “falsos positivos”? ¿Mientras me cuentan cómo se leen poemas entre los desplazados? ¿Mientras Fernando Vallejo sigue escupiendo fuego? Pero el “lobo” me ofrece una aromática (hecha con hierbabuena y trozos de fruta) o un tintico. Yo tiemblo porque las mañanas en Bogotá son frías en septiembre y porque siempre me asusto ante un nuevo grupo (sí, así es, aunque haga más de treinta años que doy clases). ¿Poesía y violencia aquí? ...*acostúmbrate a sus cuchillos...*

Pero algo tenía lo mío de plan con maña. Les hablo de Paul Celan, de Ana Ajmátova, de Primo Levi, de Perlongher, de Raúl Zurita, de Juan Gelman... Les muestro imágenes de Boltanski, de Horst Hoheisel, del Grupo Escombros... Las charlas más ricas se dan a la hora del café. Como siempre. Voy escuchando relatos, historias, experiencias. Traen textos, fotos, sus poemas, los relatos de sus padres, de sus amigos. La piel se me enchina. La última sesión es toda para ellos. “Ahora cuéntenme ustedes”, les digo yo. Plan con maña el mío.

Y entonces es Marisol, que vivió más de veinte años tratando a niños víctimas de la violencia. Y nos trae los cuadernillos que dibujaron algunos de sus chicos. Y llora porque quiso olvidar y yo vine a remover. Quiso olvidar y no pudo. Y lloramos todos. Luego viene Carolina, con cara fresca, joven, que se transforma cuando piensa en su madre niña viendo un descuartizado. Carolina que habla de flores carnívoras y del deseo violento por las palabras. Y Édgar y su generosidad: fotos y más fotos de sitios de memoria. Sus textos. Sus recuerdos. Su calidez. Y un epígrafe que me golpea: *A la vida por fin daremos todo / a la muerte / jamás daremos nada.* Es del poeta Chucho Peña, asesinado en Bucaramanga. Y Leonardo que vio morir a su mejor amigo en la universidad. Y tiene voz suave, como todos, pero una firmeza feroz en sus poemas. *Es inútil. Tarde o temprano vuelvo a parpadear. El horror me llama desde adentro.* Y lloramos. ...*acostúmbrate a sus cuchillos...*

De despedida me regalan la imagen de la obra *Plegaria muda* de Doris Salcedo. Un homenaje para nuestros muertos. Los muertos de allá. Los de ellos. Que ahora también son los míos.



© Javier Naranjo

Centro Cultural Gabriel García Márquez del Fondo de Cultura Económica, Bogotá

IV

Plegaria muda. Un grito de dolor ante la violencia: ciento veinte parejas de mesas invertidas, grises, apagadas. Un laberinto de ataúdes que, sin embargo, deja entrever la vida: en la tierra que une esas mesas crecen briznas de pasto.

“Acompañé por meses a un grupo de madres que buscaban a sus hijos desaparecidos o que intentaban identificarlos en las tumbas indicadas por sus asesinos. Me uní a ese arduo proceso de elaborar el luto y me comprometí en el vano intento de pelear por obtener justicia pese a la barbaridad cometida por el Estado”, cuenta Doris Salcedo.¹

Busco imágenes de sus obras. Libros. Fotografías. *A flor de piel* se llama una de sus propuestas más recientes. “A flor de piel”: así camino por las calles de Bogotá. Una sábana hecha con pétalos de rosa. Cientos. Cosidos entre sí. Para cubrir el cuerpo de una enfermera que apareció descuartizada. Un manto rojizo. Un manto teñido con sangre. Mientras miro la imagen, las flores siguen marchitándose.

Doris Salcedo que ha convertido armarios y mesas en rostros del horror; que ha quebrado el piso inmaculado de la Tate Modern con *Shibboleth*, una grieta de 167 metros de largo; que colgó 280 sillas en la fachada del Palacio de Justicia de Bogotá en memoria de las víctimas de la toma del Palacio por el movimiento M-19 en 1985 y de la brutal recuperación que hizo el ejército;

¹ “La plegaria muda de Doris Salcedo” en http://bogota.vive.in/artes/bogota/articulos_arte/marzo2012/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR_VIVEIN-11350901.html

que ritualiza los objetos cotidianos de los muertos por la violencia para no olvidar, para no olvidarlos. Que lee a Benjamin y a Rosenzweig, que sabe que la memoria se construye todos los días, que reclama justicia convocando a los artistas a una acción de duelo en la Plaza Bolívar: 25 mil velas encendidas en honor a los asesinados.² Doris Salcedo es también el duelo que me cubre en Bogotá.

V

En las calles suena la voz de Andrea. “Aterciopelados”, pienso, mientras miro a los contadores de historias de la carrera séptima.

¿Qué canta Andrea Echeverri en la carrera séptima? “Érase una guerra. Érase un país. Con historias negras y un futuro gris. Esa bruta guerra era un buen negocio. Se apropiaba tierra cultivaba el odio. [...] Todas somos mamitas y no queremos parir para, en esta guerra, nuestros hijos ver morir”. Me detengo allí, frente al aparato de sonido que me deja escuchar la voz y la guitarra de Andrea. “A las madres de Soacha”, me dice alguien. “Le canta a las madres de Soacha. Las madres de los falsos positivos. Pregunte. Cualquiera le puede contar”.³

En enero de 2008, aparecieron asesinados diecinueve jóvenes en una localidad pobre cercana a Bogotá, Soacha. Las autoridades dijeron que se trataba de guerrilleros. Las madres han mostrado que en realidad sus hijos nada tenían que ver con la guerrilla, sino que

² <http://www.youtube.com/watch?v=kBiz1200kIY>

³ Andrea Echeverri, “Mamitas positivas”: http://www.youtube.com/watch?v=eyc26l_7YA8



© Javier Navaréz

Plaza de Bolívar, Bogotá

fueron reclutados con la promesa de mejores trabajos y luego asesinados por soldados a cambio ¿de algo de dinero?, ¿de algún día libre? La historia de estos “falsos positivos” es una de las tantas que forman el álbum del horror latinoamericano. El documental *Retratos de familia* les da la palabra a las madres. Dirigido por Alexandra Cardona Restrepo, cuenta la historia de Diego, de Daniel, de Joaquín, de Víctor, de Stiven, de Fair. Del relato colectivo a la imagen íntima de uno de los hechos más atroces de la violencia colombiana: el asesinato de miles de jóvenes inocentes por miembros del Ejército para hacerlos pasar como delincuentes muertos en combate.

Hablan Blanca, Luz, María... sus madres. Andrea Echeverri les cantó de rodillas —“porque el país se los debe”—⁴ este tema que escucho un viernes en la tarde en la carrera séptima. “Todas somos mamitas y no queremos parir para, en esta guerra, nuestros hijos ver morir”.

VI

Hay desmovilizados del ejército y de los paramilitares, guerrilleros que han dejado las armas, desplazados. Algunos son apenas niños. ¿Qué se hace para que vuelvan a ser parte de la sociedad, para que sobrevivan a sus pro-

⁴ <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-10580504>

pios miedos, a su propia violencia, a sus propios duelos? ¿Cómo se logra que vuelvan a tener confianza en las palabras, en los cuerpos, en los abrazos, en las miradas?

Amos Oz, cuyo pequeño y valiente libro *Contra el fanatismo* debería ser lectura obligatoria en todas las escuelas del mundo, escribió: *Si se deja de lado la poesía, triunfará el mal*. Esto lo supieron Nelly Sachs y Ósip Mandelstam, lo supieron Haroldo Conti y Mahmud Darwish. Lo supo Milena, la mujer que tanto había amado Kafka, quien, encerrada en un campo de concentración, se repetía a sí misma los cuentos que la habían marcado y que guardaba en la memoria, simplemente para saberse aún humana, para reconocerse aún en las palabras. *Si se deja de lado la poesía, triunfará el mal*.

Quizá no haya relatos que me conmuevan más que los relatos de sobrevivencia que tienen relación con la palabra literaria. Desde Frankl cosiendo su manuscrito a un abrigo hasta los panes con poemas de la cárcel de Caseros en la Argentina de la dictadura. Porque en el fondo no debo ser más que una maldita romántica queriendo comprobar una y otra vez que la literatura se opone a las tinieblas. En Colombia he encontrado algunos de los testimonios más entrañables sobre la fuerza de la palabra poética. Uno de ellos relata la experiencia de una amante de la poesía que empezó a trabajar con uno de estos grupos de jóvenes que habían perdido casi totalmente su apego a la vida. Pero quedaba un hilo, tal vez tenue, tal vez débil... a él se aferró para luchar por estos chicos. Llegaba cada tarde y les leía poesía. Sólo eso. Los rostros permanecían impávidos, tarde tras tarde. Hasta que de pronto algo cambió: *Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé...* escucharon. “Si hablamos de golpes en la vida, yo quisiera contar lo que me pasó...”, dijo uno de estos jóvenes que parecía habitar solamente el territorio de la muerte. Y luego otro y otro y otro.⁵ *Si se deja de lado la poesía, triunfará el mal*.

VII

César Vallejo, Soacha, Doris Salcedo, Marisol y sus niños... Regreso al hotel por la carrera séptima. Merengue, cumbia. Voces. Merolicos (¿se llaman así también en Colombia?). Paso por el Centro Cultural García Márquez, para tocar base, para sentirme en casa, para abrazar a Juan Camilo y a Margarita, para beber de la inmensa sabiduría de Darío y del cariño de Ángela. Fiesta mexicana en el Fondo de Cultura. Merengue, cumbia. Voces. Porque ahí están la fuerza y los proyectos. El grito ante el horror. La vida que gana siempre, como las briznas de pasto. Toco base. Estoy en casa. **U**

⁵ La historia la cuenta Michèle Petit en *El arte de la lectura en tiempos de crisis*, Océano, México, 2009.